

PARTE I. dad de la guarnicion, y á pedir que se capitulase. Sus graneros y almacenes estaban exhaustos, y por espacio de algunas semanas habian tenido que alimentarse con carne de caballos, perros y gatos, y aun con las pieles de aquellos animales, y á falta de otro alimento con pámpanos aderezados con aceite, y con hojas de palma bien molidas, de que hacian una especie de tortas. Por consecuencia del uso de alimentos tan insalubres y repugnantes, se engendraron enfermedades. Multitud de gentes se caian muertas por las calles. Muchos desertaron al campo español, contentos con vender su libertad por un pedazo de pan, y la ciudad presentaba todos los horrores de la mas espantosa miseria que la peste y el hambre reunidas son capaces de producir en una poblacion aglomerada. Tantos padecimientos de los ciudadanos ablandaron el duro corazon del alcaide Hamet Zeli, el cual cedió por fin á sus importunos ruegos, y replegando sus fuerzas en Gebalfaro, consintió que los habitantes de Málaga capitulasen en los mejores términos que pudieran con el conquistador.

Proposiciones de rendicion.

Se envió entonces al campo de los cristianos una diputacion de los principales ciudadanos, á cuya cabeza iba un rico mercader llamado Ali Dordux, con la propuesta de que la ciudad capitularia bajo las mismas condiciones generosas que hasta entonces se habian concedido constantemente por los españoles. El rey no quiso recibir á los enviados, y contestó con altivez, por medio del comendador de Leon, "que se habian ofrecido por dos veces aquellas condiciones al pueblo de Málaga, y las habia rechazado; que no estaba ya en el caso de pedir condiciones, ni tenia otro recurso que sufrir las que él como conquistador quisiera imponerle<sup>24</sup>."

Dura respuesta de Fernando.

La respuesta de Fernando derramó general consternacion en toda la ciudad de Málaga. Veian sus habitantes que nada podian esperar recurriendo á los sentimientos de humanidad. Despues de una tumultuosa deliberacion, enviaron por segunda vez sus diputados al campo cristiano con proposiciones en que se mezclaban á la sumision las amenazas: hacian presente que la dura respuesta del rey Fernando á los ciudadanos los habia reducido á la desesperacion, pero que sin

<sup>24</sup> Cardonne, Hist. d'Afrique et d'Espagne, t. III, p. 296.—L. Marineo, Cosas memorables, fol. 175.—Rades y An-

drada, Las Tres Ordenes, fol. 54.—Pulgar, Reyes Católicos, MS., cap. 85.

embargo estaban prontos á entregarle las fortalezas, la ciudad, y en suma, todos sus bienes, siempre que se les prometiera la seguridad y libertad de sus personas; que si no se admitia esta capitulacion, cogeria á los cautivos cristianos, que llegaban á quinientos ó seiscientos, y los colgarian de las almenas, y despues, trasladando á la ciudadela los viejos, mujeres y niños, pegarian fuego á la ciudad, y ellos se abririan paso por medio de los enemigos, ó perecerian en la demanda; de modo que, decian, "si obteneis el triunfo será tal que quedará memoria de Málaga en todo el mundo y por todos los siglos venideros." Fernando, sin hacer caso de estas amenazas, contestó con frialdad que no hallaba motivo para variar de determinacion, y que estuviesen seguros de que si tocaban á un solo cabello de un cristiano, pasaria á cuchillo á todos los habitantes de la plaza, hombres, mujeres y niños.

El pueblo, que ansiaba saber el resultado, habia salido en gran número á recibir á los embajadores cuando volvian á la ciudad, y al oir tan fatales noticias se llenó de la mas profunda tristeza. Su suerte estaba decidida. La dura respuesta del vencedor les quitaba toda esperanza. Sin embargo, aun alimentaron alguna, y aunque hubo unos pocos furiosos que quisieron llevar á efecto sus desesperadas amenazas, la mayoría de los habitantes, y entre ellos los mas considerables por sus riquezas é influjo, prefirieron esperar en la clemencia de Fernando á precipitarse en una ruina cierta é irreparable.

Salieron pues por última vez los diputados por las puertas de la ciudad, llevando una carta de sus infelices conciudadanos para los reyes, en que, procurando aplacar su cólera y arrepentidos de su obstinacion, recordaban á sus Altezas las condiciones generosas que sus antepasados habian concedido á Córdoba, Antequera y otras ciudades, despues de una defensa no menos obstinada que la suya: ensalzaban la fama que los reyes habian adquirido por la generosa política seguida en sus conquistas anteriores, y apelando á su magnanimidad, concluian entregándose con sus familias y bienes á la merced de sus Altezas. En seguida dieron veinte de los principales ciudadanos por rehenes para la seguridad de la pacífica disposicion del pueblo hasta que le ocuparan los españoles. "De esta manera, dice el cura de los Palacios, endureció el Todopoderoso el corazon de aquellos infieles, como el de los egipcios, para que recibieran el condigno castigo de

Málaga se rindió á discrecion.



PARTE I. la multitud de opresiones que habian causado á su pueblo, desde los tiempos del rey D. Rodrigo hasta los nuestros <sup>25</sup>.”

En el dia señalado entró por las puertas de Málaga el comendador de Leon á la cabeza de su brillante caballería, y tomó posesion de la Alcazaba ó baja ciudadela. Acto continuo se colocaron las tropas en sus respectivos puntos en todas las fortificaciones, y se enarbolaron las banderas triunfantes de los cristianos en las torres de la ciudad, en que se habia ostentado la media luna por una serie no interrumpida de cerca de ocho siglos.

Se limpia la ciudad.

Lo primero que hicieron fué limpiar la ciudad de los cadáveres y otras materias dañosas, que se habian acumulado durante aquel largo sitio, é interceptaban las calles y corrompian el aire. Luego se consagró con la solemnidad debida la mezquita principal, bajo el título de Santa María de la Encarnacion. Se colocaron en todos los edificios religiosos cruces y campanas, símbolos del culto cristiano, las cuales, segun las palabras del cronista católico que se acaba de citar, “con la música celestial de sus repiques, que se hacian sentir á todás las horas del dia y de la noche, causaban perpetuo tormento á los oidos de los infieles <sup>26</sup>.”

Entrada de los reyes.

A 18 de Agosto, trascurridos algo mas de tres meses desde el dia en que se empezaron á abrir las trincheras, entraron en la ciudad conquistada Fernando é Isabel, acompañados de la corte y del clero y de todo su séquito militar. La comitiva se dirigió con solemne pompa por todas las calles principales, que se hallaban entonces desiertas y sumidas en el mas profundo silencio, á la nueva catedral de Santa

<sup>25</sup> Pulgar, Reyes Católicos, cap. 93. —Cardonne, Hist. d'Afrique et d'Espagne, t. III, p. 296.

Los historiadores árabes dicen que Málaga fué vendida por Alí Dordux, el cual abrió el castillo á los españoles mientras los ciudadanos estaban discutiendo las condiciones propuestas por Fernando. (Véase á Conde, Dominación de los árabes, t. III, cap. 39.) La carta de los habitantes que Pulgar inserta en su historia, parece que prueba

lo contrario. Sin embargo hay grandes fundamentos para sospechar que hubieran tratos dobles de parte del embajador Dordux, como quiera que los escritores castellanos confiesan que fué eximido con cuarenta de sus amigos de la sentencia de esclavitud y confiscacion de bienes decretada contra sus conciudadanos.

<sup>26</sup> Bernaldez, Reyes Católicos, MS., cap. 85.

María, en donde se dijo misa; y al entonarse el glorioso *Te Deum* por la vez primera dentro de sus antiguos muros, los reyes y todo el ejército se postraron en accion de gracias al Todopoderoso, que los habia restablecido en los dominios de sus mayores.

El incidente mas tierno consistió en la multitud de cristianos que fueron sacados de los calabozos de los moros y traídos á la presencia de los soberanos, cubiertos de pesadas cadenas, con las barbas hasta la cintura y con sus rostros escuálidos, por efecto del hambre y de la esclavitud. No habia nadie que no derramara lágrimas á la vista de tanta miseria. Muchos reconocieron á sus antiguos amigos, cuyo paradero ignoraban hacia largo tiempo. Habia algunos que contaban de cautiverio diez y quince años, y se hallaban entre ellos varios que pertenecian á las familias mas principales de España. Al presentarse quisieron manifestar su gratitud echándose á los piés de los reyes, pero éstos levantándolos y mezclando sus lágrimas con las de los cautivos redimidos, mandaron quitarles las cadenas, y despues de proveer á sus necesidades los despidieron con generosos donativos <sup>27</sup>.

Se pone en libertad á los cristianos cautivos.

La fortaleza de Gebalfaro se rindió al dia siguiente de haber sido ocupada Málaga por los españoles. Al valiente capitán Zegrí Hamet Zeli le cargaron de cadenas; y habiéndole preguntado por qué habia persistido tan obstinadamente en su rebelion, aquel bizarro caudillo contestó con entereza: “porque estaba encargado de defender la plaza hasta lo último, y si me hubiese visto auxiliado hubiera muerto mil veces antes que rendirla.”

Llegó la hora de decidir de la suerte de los vencidos. Al entrar en la ciudad se habian dado órdenes á los soldados, prohibiéndoles bajo severas penas tocar á las personas ó á los bienes de los habitantes; á los cuales se mandó permanecer en sus respectivos puestos vigilados por una guardia, en tanto que se satisfacía su hambre distribuyéndoles abundantes alimentos. Finalmente, se mandó á toda la poblacion, sin diferencia de sexo ni edad, que se presentasen en el patio principal de la Alcazaba, que estaba dominado en todas partes por altas murallas guarnecidas de soldados españoles. A aquel lugar,

Lamentos de los malagueños.

<sup>27</sup> Carvajal, cuyos secos anales apenas tienen mas mérito que el de una tabla cronológica, dilata la rendicion hasta

Setiembre.—Anales, año 1487.—Mármol, Rebelion de moriscos, lib. 1, c. 14.



PARTE I. teatro donde se habian celebrado tantos triunfos de los moros, en que tantas veces se habia estendido el botin de las entradas en país enemigo, y que aun podia presentar por blason los trofeos y banderas de los cristianos, dirigia en silencio sus pasos el pueblo de Málaga. Al atravesar aquella muchedumbre las calles, llena de tristes presentimientos sobre su suerte, estendia las manos, y levantando los ojos al cielo exhalaba los mas tristes lamentos. "¡Oh Málaga, esclamaban, célebre y hermosa Málaga! ¿Te han de abandonar tus hijos? ¿Tu suelo, este suelo que recibió su primer aliento, no podrá cubrirlos despues de su hora postrimera? ¿Qué ha sido de la fortaleza de tus torres y de la belleza de tus edificios? ¡Ah! la fuerza de tus murallas no ha podido defender á tus hijos, porque tienen ofendido á su Criador! ¿Qué será de tus viejos, y de tus matronas, y de tus delicadas doncellas criadas en tus palacios, cuando tengan que sufrir el pesado yugo de la esclavitud? ¿Serán capaces tus bárbaros conquistadores de destruir de esta manera sin escrúpulo los lazos mas preciosos de la vida?" Tales son las tristes frases con que el cronista castellano hace exhalar los lamentos de la ciudad cautiva<sup>28</sup>.

Los malagueños son condenados á la esclavitud.

La terrible sentencia de esclavitud se hizo saber al pueblo reunido. Se decretó que una tercera parte deberian ser trasportados á África en cambio de otros tantos cautivos cristianos que allí habia, y se hizo publicar que todos los que tuvieran parientes ó amigos cautivos en aquel país presentasen una lista de ellos. Otra tercera parte se destinó á indemnizar al tesoro de los gastos hechos en la guerra. Los demas habian de ser distribuidos por presentes, dentro ó fuera del reino. Así, pues, un centenar de los mejores soldados africanos se enviaron al Papa, que los incorporó en su Guardia, y en menos de un año los convirtió á todos, dice el cura de los Palacios, en muy buenos cristia-

<sup>28</sup> Bleda, Crónica, lib. 5, cap. 15.

Al lado de la escena precedente se representó la de doce renegados cristianos que se hallaron en la ciudad y fueron atravesados con cañas, *acanavereados*: bárbara pena, imitada de los moros, que se imponia por hombres que pasando á caballo á todo escape descargaban cañas puntiagudas contra el crizinal,

hasta que éste espiraba á fuerza de heridas. Al mismo tiempo fueron condenados á la hoguera una porcion de judíos relapsos. "Estas eran, dice el P. Abarca, las fiestas é iluminaciones mas agradables á la católica piedad de nuestros soberanos" (Abarca, Reyes de Aragon, t. II, rey 30, cap. 3.)

nos. Cincuenta de las mas hermosas doncellas moriscas fueron regaladas por Isabel á la reina de Nápoles, treinta á la reina de Portugal, otras á las damas de su corte, y el resto de ambos sexos se repartió entre los nobles, los caballeros y otros individuos inferiores del ejército, en proporcion á sus respectivos servicios y clase<sup>29</sup>.

Y como se temiera que los malagueños, reducidos á la desesperacion viéndose condenados á un irredimible y perpetuo cautiverio, podrian destruir ú ocultar sus joyas, plata y otros efectos preciosos, de que abundaba aquella rica ciudad, antes que permitir cayeran en manos de sus enemigos, Fernando inventó una traza para impedirlo. Hizo publicar que recibiria en rescate de toda la poblacion cierta suma que se habia de pagar en el término de nueve meses, y que se admitirian en parte de pago las joyas y efectos de adorno. Esta suma era á razon de treinta doblas por cabeza incluyendo en el cálculo á los que acaso murieran antes de la conclusion del término prefijado. Pero semejante rescate subia á mas de lo que aquel infeliz pueblo podia reunir, ya por sí mismo, ya por agentes enviados á solicitar socorros de sus hermanos de Granada y África; y al mismo tiempo engañó de tal suerte sus esperanzas, que no sirvió sino para dar un exacto inventario de sus efectos al tesoro. Por tan infame medio Fernando se apoderó completamente de las personas y de los bienes de sus víctimas<sup>30</sup>.

Ingenioso ardid de Fernando.

Se calcula que Málaga contenia dentro de sus muros, al tiempo de la rendicion, de once mil á quince mil habitantes, sin incluir algunos miles de auxiliares forasteros. En el dia no podemos leer su triste historia sin llenarnos de horror y de indignacion. Es imposible justificar la terrible sentencia dada contra aquel desgraciado pueblo, por haber desplegado un valor heroico, que hubiera escitado admira-

Cruel política de los vencedores.

<sup>29</sup> Pulgar, Reyes Católicos, ubi supra.—Bernaldez, Reyes Católicos, MS. ubi supra.—Pedro Mártir, Opus Epist., epist. 62.

<sup>30</sup> Bernaldez, Reyes Católicos, MS., cap. 87.—L. Marineo, Cosas memorables, fol. 176.—Conde, Dominacion de los árabes, t. III, p. 238.—Cardonne, Hist. d'Afrique et d'Espagne, t. III, p.

296.—Carvajal, Anales, MS., año 1487.

Ni una palabra de censura sale de los labios de los historiadores castellanos contra este desapiadado rigor del conquistador con los vencidos: es evidente que Fernando no hacia violencia á los sentimientos de sus ortodoxos súbditos: *tacendo clamant*.



PARTE I. cion en cualquiera pecho generoso. Era evidentemente contraria al carácter natural de Isabel, y se debe confesar que dejó una mancha en su fama que ningun colorido de la historia es capaz de oscurecer. Puede sin embargo excusarse en algun modo con la supersticion de la época, hasta cierto punto disculpable en una mujer, á quien la educacion, el ejemplo general y la natural desconfianza de sí misma habian acostumbrado á descansar, en materias de moralidad, en el dictámen de sus directores espirituales, que parece debian merecerle confianza por la piedad y doctrina de que hacian profesion. Y aun rodeada de estas circunstancias no se dejó arrastrar á todo lo que querian algunos de sus consejeros, que la instaban para que mandase pasar á cuchillo á todos los habitantes, sin dejar uno, lo cual le decian seria justo castigo de su obstinada rebelion y saludable escarmiento para los demas. No nos dicen quiénes eran los que aconsejaban esta terrible medida, pero las noticias que tenemos de aquel reinado nos autorizan á creer que imputándola al clero no le haríamos grande injuria. Este ejemplo de haber llegado sus argumentos á separar y estraviar de los principios naturales de la justicia y de la humanidad á un espíritu tan ilustrado como el de Isabel, ofrece una gran prueba del ascendiente que el sacerdocio llegó á adquirir sobre los entendimientos mas claros, y de lo mucho que abusó de él <sup>31</sup> \*.

La suerte de Málaga puede decirse que decidió de la de Granada. Ésta se encontraba ya desposeida de los puertos mas importantes de

31 Bernaldez, Reyes Católicos, MS., cap. 87.—Bleda, Crónica, libro 5, cap. 15.

Sobre cuatrocientos y cincuenta judíos moriscos, fueron rescatados por un rico israelita de Castilla que pagó por ellos veinte y siete mil doblas de oro: prueba de que las riquezas de los judíos prosperaron en medio de la persecucion.

Casi no parece posible que el puntual Pulgar hubiera omitido un hecho tan importante como el proyecto del rescate de los moros, si hubiese existido. Pero

todavía es menos probable que el honrado cura de los Palacios le inventara. El que trata de conciliar las divergencias de los historiadores, aunque sea de los contemporáneos, no puede menos de recordar á cada instante la exclamacion de lord Oxford á su hijo Horacio: "¡Oh! no me leas la historia, porque ya sé que es falsa."

\* Omito en este párrafo una proposicion del original, propia de los protestantes, y para nada necesaria en esta historia.

(N. del T.)

la costa, y rodeada en todos los puntos de su territorio por su formidable enemigo; de suerte que casi no podia esperar otra cosa de sus futuros esfuerzos, por mas vigorosos que fueran, que dilatar algun tanto la hora inevitable de su ruina. El cruel tratamiento de Málaga era el principio de la larga serie de persecuciones que aguardaba á los infelices musulmanes en la tierra de sus padres, en aquella tierra sobre la cual, para servirme de sus mismas palabras, la estrella del islamismo habia lucido con tanta brillantez cerca de ocho siglos, y estaba ya bajando del horizonte en medio de nubes y tormentas.

El primer cuidado de los reyes fué volver á poblar aquella desierta ciudad con súbditos propios. Se concedieron generosamente casas y tierras á los que quisieron quedarse en ella; se agregaron á su jurisdiccion civil muchos pueblos y villas, con grande estension de territorio; fué declarada cabeza de una diócesis que abrazaba la mayor parte de las conquistas hechas últimamente por el lado meridional y occidental de Granada. Estas causas, juntas con las naturales ventajas de su sitio y clima, atrajeron muy pronto numerosos pobladores cristianos á aquella ciudad convertida en desierto; pero trascurrió mucho tiempo antes que volviera á elevarse á la grandeza comercial que habia alcanzado en tiempo de los moros <sup>32</sup>.

Dadas estas disposiciones saludables, los reyes de España volvieron sus huestes victoriosas á Córdoba, en donde entraron en triunfo; y habiéndolas despedido allí para que la gente descansara en sus casas durante el invierno, se prepararon para nuevas campañas y conquistas mas brillantes.

32 Pulgar, Reyes Católicos, capítulo 94.

Medidas para poblar de nuevo á Málaga.